

Legendarium III

Reyes, caballeros y doncellas

ANTOLOGÍA COMPILADA POR
JAVIER PELLICER Y RUBÉN SERRANO



www.facebook.com/tombooktu
www.tombooktu.blogspot.com
www.twitter.com/tombooktu
#legendarium

Colección: Tombooktu Fantasía y Terror
www.fantasiayterror.tombooktu.com
www.tombooktu.com

Tombooktu es una marca de Ediciones Nowtilus:
www.nowtilus.com

Si eres escritor contacta con Tombooktu:
www.facebook.com/editortombooktu

Título: Legendarium III

Autores: ©2012 Raelana Dsagan, ©2012 Víctor Morata Cortado,
©2012 Luisa Fernández, ©2012 J.J. Castillo, ©2012 Carolina Pastor Jordá,
©2012 Pedro Escudero Zumel, ©2012 Javier Pellicer Moscardó

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece pena de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaren, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.

ISBN Papel: 978-84-15747-05-5

ISBN Digital: 978-84-9967-402-5

Fecha de publicación: Octubre 2012

Impreso en España

Imprime: Ulzama digital

Maquetación: produccioneditorial.com

Depósito legal: M-29.092-2012

Índice

Prólogo	9
La doncella soldado.....	13
Raelana Dsagan	
Leyendas de Mursiya	31
V́ctor Morata Cortado	
El secreto de Madinat al-Zahra	45
Luisa Ferńandez	
Tres caramelos.....	65
J.J. Castillo	
La Cueva de la Mora	73
Carolina Pastor, Raelana Dsagan y Pedro Escudero	
La leyenda del Rat Penat.....	95
Javier Pellicer Moscardó	
Sobre los autores	107

Prólogo

Un *legendarium* o legendario es un compendio de leyendas, es decir, un repertorio de esas historias fantásticas o imaginadas que se cuentan como si hubieran ocurrido de verdad y que forman parte de la cultura popular. La leyenda es una narración tradicional que incluye elementos ficticios, a menudo sobrenaturales, la cual se transmite de generación en generación, sufriendo con frecuencia en ese proceso supresiones, añadidos y modificaciones, especialmente para adaptarse al espacio y al tiempo al que pertenecen el narrador y su audiencia.

La leyenda suele estar ligada a un elemento preciso, que se integra en el mundo cotidiano o la historia de la comunidad a la que pertenece. A diferencia del cuento, la leyenda sucede habitualmente en un lugar y un tiempo reales, reconocibles por el oyente o lector, aunque eso no quita para que se incluyan elementos fantásticos.

Las leyendas nacen con el hombre primitivo y su necesidad de dar una explicación a los misterios del universo de una forma inteligible para su mentalidad. A tal fin, aparecieron leyendas que eran expresiones de las creencias y sentimientos humanos, y no una mera invención recreativa. Al igual que los mitos, tenían un sentido religioso. No se relataban para entretener ni divertir, sino para transmitir un conocimiento fundamental.

Fruto de la invención de un individuo, las leyendas eran adoptadas posteriormente por otros y ampliadas con nuevos detalles para llenar los huecos. Si se extendían y eran importadas por otros pueblos, se adaptaban a su medio hasta acabar considerándose como propias.

Pero el término *leyenda* no aparecería hasta la Edad Media, y sería para designar las vidas de santos, más o menos fantaseadas, que habían de ser leídas en los círculos monásticos. Y sólo más tarde, con el romanticismo, se identificaría la leyenda y su formación popular con su particular idea de la historia, entendida esta como «manifestación del espíritu de un pueblo que ennoblece su edad heroica».

En la actualidad, la leyenda constituye un género narrativo concreto que actualiza —o inventa— una mentira literaria preexistente.

Las leyendas son testimonio vivo de la historia y del saber popular que integran el acervo folclórico.

Hay temas recurrentes dentro de las leyendas, que se repiten en relatos de diferentes culturas, como es el caso del diablo, tesoros o determinado tipo de personaje, sufriendo algunas variaciones en su contenido.

En el caso concreto de las leyendas en España, estas mezclan tradiciones muy disímiles, de procedencia celta, ibérica, romana, visigoda, judía, árabe... Por ello, se trata de uno de nuestros más importantes bienes culturales, herencia de la memoria de un pueblo multicultural como es el español.

La abundancia y variedad de las leyendas de nuestro país es tal que sería absolutamente imposible recogerlas todas en un único volumen. No obstante, diferentes autores hemos querido hacer nuestro particular homenaje al *legendarium* español a través de diferentes relatos basados en leyendas tradicionales de nuestra piel de toro.

Así, en el presente trabajo ofrecemos nuestras propias versiones —y visiones— de diversas historias pertenecientes a diferentes regiones de España, recogidas de punta a punta, desde Cataluña hasta Andalucía y desde Galicia hasta Baleares, abocándonos no sólo a las leyendas populares sino también a aquellas narraciones que se escuchan cotidianamente en la ciudad. Y es que también hemos querido tocar alguna que otra leyenda urbana, esas historias que forman parte del folclore contemporáneo y que, a pesar de contener elementos sobrenaturales o inverosímiles (generalmente emparentados con algún tipo de

superstición), se presentan como crónica de hechos reales sucedidos en la actualidad.

Con todo ello hemos compilado una antología de relatos que pretende seguir alimentando el imaginario popular con historias fabulosas, cargadas de misterio. Pero, a diferencia de las auténticas leyendas, las nuestras no pretenden explicar nada ni están al servicio de las creencias de la sociedad. Sólo buscan proporcionar una nueva vuelta de tuerca a algún tema ya existente, trastocando deliberadamente la historia original en la que se asienta para dar paso a una nueva versión. Y todo ello con un fin meramente recreativo, para entretener y divertir al lector con nuevas mentiras literarias que, sin embargo, recobran el verdadero origen etimológico de la palabra leyenda: obras para ser leídas.

En este pequeño muestrario hay historias de fantasmas y espíritus atormentados, de brujas y vampiros, de seres malvados, de lugares encantados y sucesos sobrenaturales, de misterio y horror, de amores imposibles... Son relatos fantásticos cargados de elementos imaginativos, cubiertos de matices y siempre adornados con el fino velo de la fantasía, en los que cada autor, abriendo la puerta a la inventiva, ha sabido dotar a su texto de su propia impronta personal. Esa es la magia de la literatura.

Ojalá que estas narraciones sobrevivan igualmente al paso del tiempo y, algún día, sean también leyenda.

Hasta entonces, sólo esperamos que las disfrutéis.

Javier Pellicer y Rubén Serrano

La doncella soldado

Raelana Dsaqan

Hablar... Decir la verdad, por una vez... Debo daros las gracias por haberme dejado traspasar las puertas del convento, señor fraile... Padre... ¿Hermano? Hace mucho que nadie me oye en confesión, no sé cómo debo llamaros. Los muros son muy altos, me siento extraña entre estas paredes, tan distintas a los cuarteles donde ha transcurrido gran parte de mi vida. Porque es lo que he sido todo este tiempo: un hombre de armas. Mentira tras mentira, sangre tras sangre. Este lugar está lleno de fantasmas vestidos de blanco. Es tan extraño el silencio. Me hace estremecer. He participado en tantas batallas que hace tiempo que dejé de contarlas, lo que más recuerdo de ellas era el ruido, estridente, ensordecedor, pero me sentía... segura.

El silencio en cambio me da más miedo, porque se oye mi voz más clara, no hay nada donde ocultarse. Estaba segura en medio de las mentiras y ahora a mi alrededor sólo hay silencio y verdad. Son ropajes incómodos para mí, como lo sería para vos si os quitáis esos hábitos blancos. No creáis que he olvidado quién soy, padre, no lo he hecho. Lo tengo muy presente. Soy mujer, a pesar del yelmo y las armas. Lo oculto, me hago pasar por un hombre, pero sé lo que soy. La mentira sólo hace que me sienta más segura, porque puedo controlarla. La verdad sólo me ha traído problemas. Una y otra vez.

La primera mentira se la dije a mis padres, cuando apenas había dejado de ser una niña. A veces pienso que las cosas podrían

haber sido de otra manera si me hubiera atrevido a decirles la verdad. Si les hubiera hablado de Él... Hace ya tanto tiempo, he olvidado tantas cosas, sin embargo recuerdo cada momento, cada instante que pasé con Él, como si lo llevara grabado a fuego en mi cabeza, como si hubiera ocurrido ayer, como si yo fuera todavía aquella jovencita que paseaba por las calles de Almería, esperando cruzármelo en cualquier esquina. A veces no nos encontrábamos, otras sí. Sonreía. Siempre rodeado de amigos, nos mirábamos sin decir nada. No podíamos. Él venía de Granada a visitar a unos parientes. Yo, en aquel entonces, era Victoria Acevedo, la hija de don Antonio, demasiado importante para mezclarme con cualquiera.

A Él no podía mirarlo por encima del hombro, era tan de buena familia como lo era yo. Habría sido el hombre ideal si nuestros parientes no hubieran estado enemistados desde hacía años. Como en uno de los romances que cantaban en las fiestas, romances en los que los amantes terminaban muriendo juntos para que no los separaran, incapaces de renunciar al amor.

Nunca estuve dispuesta a eso. Amaba y era correspondida, no podía pensar en morir, ni en renunciar a toda una vida juntos. Era una niña caprichosa acostumbrada a tener todo lo que se me antojara. Y sólo lo quería a Él. ¿Puede usted entenderlo, padre? Qué lejano me parece todo ahora. Sin embargo no soy capaz de olvidarlo. Mi primer error, mi primera mentira. ¿Me arrepiento? Supongo que sí, por eso estoy aquí.

Quería contárselo a mis padres, pero no sabía cómo hacerlo. Nunca supe cual era la disputa que separaba a nuestras familias, alguna rivalidad transmitida de padres a hijos, cuyo origen se había perdido. O puede que en aquel entonces lo supiera y ahora no lo recuerde. Almería está tan lejos. A las gentes las recuerdo desvaídas, como si nunca hubieran sido del todo reales. Sé que a muchos no los reconocería si los volviera a ver ahora. A Él sí. Él permanece nítido, como si sólo hiciera unas horas que nos hubiésemos separado.

Y hace tanto tiempo.

Los recuerdos vuelven en oleadas. Unas duelen, pero otras son dulces. Nunca había contado nada de todo esto, perdone si

sonrío al recordarlo, padre. No debería sonreír, pero no puedo evitarlo. Aquella fue mi juventud. Mi ilusión. Lo que perdí hace ya demasiado tiempo. Ahora veo que éramos dos niños y no sé cómo pudimos engañar a todos los que nos rodeaban.

Nunca nos hablábamos. Nos mirábamos a lo lejos y, si nos cruzábamos, desviábamos la mirada o levantábamos la cabeza en un gesto altivo de rechazo, aunque los dos sabíamos que ese gesto no era real. Seguíamos nuestro camino y entonces yo volvía la cabeza y lo encontraba siempre sonriendo. Le devolvía la sonrisa. Me avergonzaba entonces y escondía el rostro detrás del abanico, antes de darme la vuelta. Hace años que no cojo un abanico... creo que ya no recuerdo cómo sostenerlo; mis manos se han acostumbrado demasiado a las armas.

Él tenía unos ojos grandes y oscuros, con largas pestañas que te atrapaban dentro de ellos. Yo entonces era una jovencita alta y espigada, de risa franca y ruidosa por la que mi madre siempre me regañaba. «Las damas no se ríen así», me decía. Si me viera ahora... pobre mamá. No se enteró de nada, no veía cómo nos cruzábamos a la salida de misa, ni cómo nos mirábamos en la plaza, no supo que nos encontramos una vez, al azar, durante una feria...

No.

Es otra mentira. Estoy tan acostumbrada a ellas que ya salen solas. Lo siento, padre. No es la verdad. Voy a contarle la verdad.

No fue al azar. Nunca me ha gustado dejar las cosas al azar. La fortuna es caprichosa y muchas veces se complace en poner trabas a nuestros deseos, siempre he preferido darle un pequeño empujón para que se realicen. Después de todo, tampoco es malo buscar a alguien con la mirada, ni descubrirlo a lo lejos, riendo con sus primos. ¿No cree, señor fraile? No era malo caminar detrás de él, aparentando pasear de forma casual por la feria. Separarme un momento de mis acompañantes, cuando los notaba distraídos. ¿Le escandalizo, padre? No es así como se comporta una dama. No lo era, sólo era una niña enamorada que estaba jugando sin saber lo que hacía. Quería acercarme a Él lo suficiente para que me dedicara una de sus sonrisas, pero no lo bastante

para que nadie se alarmara y viniera a regañarme. Quería girarme y que Él me siguiera. Eso hice.

Estaba tan nerviosa. Temía que no acudiera. No debía hacerlo, en realidad. Yo era Victoria Acevedo y ese apellido se interponía entre los dos como un alambre de espinos, aunque a nosotros no nos importara. Subí hasta la ermita, deteniéndome para recoger flores mientras reprimía el deseo de mirar atrás. Menos mal que no lo hice, porque Él no me seguía. Había adivinado mis intenciones y ya estaba en la puerta de la ermita, jadeando por la carrera que había dado para llegar antes que yo, con el sombrero dando vueltas en sus manos. ¡Tan nervioso!

Los días de juventud nunca vuelven, padre, pero mientras duran ¡son tan bellos!

Recuerdo que no me dijo nada, no entró en la ermita sino que se alejó hacia la parte de atrás. Fui yo la que lo seguí. Allí hablamos por primera vez, la primera de muchas veces. Nos veíamos a escondidas, nos jurábamos amor eterno, nos escribíamos largas cartas cuando Él marchó de vuelta a Granada. Era emocionante y secreto, nadie sospechaba nada y yo podía soñar con Él convencida de que me amaba mientras pensaba en la forma de convencer a mis padres para que nos permitieran casarnos.

Estaba decidida a que no me pasara como en los romances, no iba a morir por amor. Sería feliz.

Hay muchas formas de morir, señor fraile, a lo largo de todos estos años he visto morir bajo mi mano a muchos hombres y, a veces, me he preguntado si con cada hombre que he matado no me estaba hiriendo también un poco a mí misma. Cada muerte que llevo a cuestras es una cicatriz, que duele, que palpita y me recuerda todo el mal que he hecho.

Sin embargo, al principio no fue así. De mi esposo no guardo heridas, fue sólo una sombra. Y fue la primera persona que vi morir y, mientras sucedía, yo sentía que cada gota de su sangre era una gota que rompía mis cadenas y me daba la libertad. La mentira. Las dos iban de la mano.

No recuerdo a mi esposo. Es como si su imagen hubiera estado dibujada en agua y, ya antes de conocerlo, hubiera empezado a desdibujarse, a convertirse en una sombra indefinida. Era un

hombre maduro, agradable, de buena posición y amigo de mi padre. Me amaba, sus gestos me lo decían tanto como sus palabras. A nadie le importó que yo no lo amara a él. Tenía que callar y obedecer. Aunque mis labios estuvieran prietos, aunque llorara. Callar y obedecer, como una buena hija. Mis padres no sabían nada de Él y yo no encontraba la forma de contárselo. La verdad siempre me ha esquivado, aunque a veces pienso que no hubiera cambiado nada. Lo cierto es que la sangre siempre ha sido más fácil que la verdad.

Escribí una carta y se la envié con un mensajero. Él estaba en Granada y yo quería que viniera a buscarme, que me salvara de ese matrimonio que no deseaba. Quería un héroe valiente y esperaba que Él lo fuera, pero pasaron los días y no había respuestas a mi carta. No vino a buscarme, a cada día que pasaba me sentía más abandonada y, al final, fue como si me hubieran golpeado muy fuerte. Comprendí que no vendría, no le importaba. Había estado usando todos los pretextos que se me ocurrían para evitar el matrimonio, mi padre se impacientaba. Si Él hubiera aparecido nos habríamos fugado. Mi vida habría sido distinta, habría seguido siendo Victoria.

Pero no vino. Comprenderlo fue un golpe tan intenso que no pude seguir resistiendo más. Mi esposo quería casarse, mi padre me presionaba y yo era joven y lloraba demasiado, pero las lágrimas no servían de nada. Eran de verdad y sólo las mentiras funcionan.

En aquel entonces no lo sabía. Me agarraba a las lágrimas. Pensaba que mi padre se ablandaría, que mi madre suplicaría por mí. No ocurrió de esa forma, me hablaron de lo que me convenía, de lo que tenía que hacer. Me hicieron un vestido nuevo, lleno de encajes, el último vestido de mujer que me puse, aunque entonces no lo sabía. El día de la boda mi esposo tenía las manos sudorosas, es lo que recuerdo de él. No podía dejar de mirarle las manos, imaginando que me acariciaban. Tan distintas a las manos de Él. No podía dejar que me tocara.

No recuerdo su rostro y, sin embargo, sí recuerdo sus manos. ¿No es extraño, padre? No, no estoy llorando, son sólo recuerdos. ¿Entiende lo que es una mujer? Un objeto que es entregado al

mejor postor, cuya opinión no importa, cuyos deseos no se tienen en cuenta. Me habían vendido como si fuera un caballo a un hombre al que no le importaba que yo no le amara.

Fue entonces cuando le oí, cuando me tragué las lágrimas y levanté la cabeza, altiva. La rabia estaba dentro de mi garganta, porque ya no eran lágrimas, era rabia. Hubiera podido morderle, pero me contuve. Me dijeron que parecía un cadáver el día de mi boda. Tan pálida, con las ojeras tan profundas, pero ni una lágrima cruzó mi rostro ese día. Mi esposo no las merecía.

La fiesta duró hasta bien entrada la noche, aunque yo apenas pronuncié una palabra. Me negué a bailar, no quise comer, tampoco escuché nada de lo que me decían. Era como si en vez del sacramento del matrimonio hubiera recibido la extremaunción y estuviera muerta. Sentía que yo ya no era yo. Era otra, una sombra, la sombra de un hombre al que no soportaba.

Era caprichosa, lo sé. Todo tenía que hacerse según mis deseos o me enrabietaba hasta que los conseguía. Mis padres lo sabían y no me hicieron caso, pensaban que me resignaría al destino que habían elegido para mí.

No podía hacer otra cosa que resignarme.

Cuando estuve a solas, preparándome para la noche de bodas, las lágrimas pugnaron por volver a salir. Me las tragué, por supuesto, como había estado haciendo todo el día, me las tragaría aunque terminara estallando por dentro, no me importaba. Entonces entró mi doncella y me trajo la esperanza, la ilusión de nuevo. Él estaba allí. Había regresado. No había recibido mi carta, no sabía nada de mi matrimonio, todo había sido una sorpresa para él. Mi corazón empezó a latir apresuradamente. Sabía lo que quería y sabía lo que odiaba. Sabía lo que tenía que hacer. Entonces todo fueron prisas y decisión. Nunca he carecido de decisión, señor fraile, ya lo habéis visto, ni para decidir mi destino ni para aporrear las puertas de vuestro convento. Al final siempre consigo lo que quiero, aunque más tarde lo lamente. Me habéis dejado pasar y me estáis escuchando.

Dicen que siempre se recuerda al primer hombre que matas y, sin embargo, yo no consigo recordar su rostro. Recuerdo su cuerpo: grande, pesado, olía a vino, a perfume rancio, a sudor. Sus